



FUEGO EN LA MONTAÑA

EDWARD ABBEY

TRADUCCIÓN DE ALBA MONTES SÁNCHEZ



errata naturae

Para Rita

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2018
TÍTULO ORIGINAL: *Fire on the Mountain*

© Edward Abbey, 1962; renovado por Clarke Abbey en 1990

© de la traducción, Alba Montes Sánchez 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Alameda 16, Bajo A
28014 Madrid

info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-78-3

DEPÓSITO LEGAL: M-28655-2018

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Philip Lee Harvey / Getty Images

MAQUETACIÓN: A. S. y Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

NOTA BENE

Esta historia está inspirada en un suceso que aconteció en nuestro país hace no muchos años. No obstante, se trata de una historia ficticia y cualquier parecido con personas vivas o lugares reales es puramente accidental.

Nuevo México, deslumbrante. Bajo la intensa luz, cada roca y cada árbol, cada nube y cada montaña existían con una fuerza y una claridad que no parecían naturales, sino auténticamente sobrenaturales. Y a la vez aquello me resultaba tan familiar como mi propia casa, era el país de mis sueños y la tierra que había conocido desde el principio.

Nos dirigiámos hacia el norte desde El Paso en la camioneta de mi abuelo, hacia el pueblo de Baker y el rancho del viejo. Estábamos a principios de junio: el resplandor del sol del desierto, que rebotaba contra el capó de acero de la camioneta, se clavaba en mis ojos con tal intensidad que de vez en cuando tenía que cerrarlos para sentir alivio. Y casi podía notar el feroz calor seco, como el de un horno, absorbiendo la humedad de mi cuerpo.

Eché de menos la cantimplora de agua fresca que colgaba del cierre del capó frente a la rejilla delantera, inaccesible. Deseé que mi abuelo parase un minuto y nos permitiera beber, pero yo era demasiado orgulloso y bobo para pedirselo; tenía doce años, me parecía importante aparentar ser más duro de lo que era en realidad.

Cuando los ojos dejaban de dolerme, podía volver a abrirlos, levantar la cabeza y observar cómo la carretera, el vallado y la línea telefónica avanzaban sin cesar hacia nosotros en líneas perfectamente rectas y paralelas. El calor producía olas que trepidaban sobre el asfalto, dando a la carretera que se extendía a lo lejos, frente a nuestros ojos, una apariencia transparente y líquida; una ilusión óptica que escapaba de nosotros a la misma velocidad a la que nos acercábamos a ella. Mirando al frente, vi un buitre que se elevaba desde el cadáver de una liebre aplastada en la carretera y planeaba cerca de nosotros mientras pasábamos por encima de su comida. Tras el pájaro, negro y con las alas ornadas de blanco, se cernía el cielo occidental, una inmensa cúpula violeta que flotaba sobre las llanuras de álcali y las dunas de arena y yeso, hacia las montañas que se erguían como cadenas de islas, como una flota de barcos purpúreos, a lo largo del horizonte.

¡Aquellas montañas! Parecían a la vez cercanas e inalcanzablemente remotas, a la distancia de un corto paseo y más allá de los límites de la imaginación. Ante nosotros se extendía una tierra virgen, diáfana y vacía, punteada de mezquites y gobernadoras, atravesada por cauces de arroyos por los que el agua fluía tan escasa como caía la lluvia.

Había pasado los últimos tres veranos en Nuevo México, contemplando durante meses ese paisaje lunar yermo, preguntándome: ¿qué habrá ahí fuera? Y siempre había llegado a la misma conclusión: *algo* había; quizá todo. El desierto me parecía una de las formas del Paraíso. Y siempre me lo parecerá. La sombra del buitre cruzó a nuestra derecha.

El abuelo me plantó su manaza pecosa en la rodilla:

—¿Has visto la liebre, Billy?

—Sí, señor. Es la décima. Diez liebres muertas en la carretera desde que salimos de El Paso.

—Bueno, eso significa que ya casi estamos en casa. La media es una liebre muerta cada ocho kilómetros. Me refiero a este año. Hace diez años uno podía conducir todo el camino desde Baker a El Paso y como mucho ver una.

El viejo, encogido bajo el techo de la cabina del conductor, miraba de soslayo a través de las gafas la carretera que se iba abriendo ante nosotros, como una cremallera sobre la superficie de la tierra. Tenía setenta años y conducía a ciento veinte kilómetros por hora. En aquel terreno llano y vacío daba la sensación de que iba a poca velocidad. El abuelo iba encogido porque el techo de la camioneta era demasiado bajo. El vehículo, casi nuevo, tenía una cabina lo bastante ancha para acomodar a cuatro hombres, pero de alto no cabía ni uno. Aunque parte del problema era el sombrero del abuelo, que incrementaba su altura en treinta centímetros, pero el viejo no podía quitárselo porque sería una vulgaridad. Así que se repantingaba cuanto podía, sacando el codo y el hombro

por la ventanilla y extendiendo el otro brazo por encima del respaldo del asiento. El volante lo controlaba con la yema del índice izquierdo.

—Una liebre no es muy distinta a una rata, abuelo.

—Es una forma de verlo. Pero eso no es todo. Este sistema es bueno para los buitres, como has visto hace un minuto. Ayuda a conservar el equilibrio natural. Yo lo llamo «eficiencia global». Y tú, Billy, ¿te consideras un muchacho eficiente y trabajador?

—Sí, señor. —Miré a través de la ventanilla trasera para asegurarme de que mi maleta seguía en la caja de la camioneta. Y allí estaba, mi compañera de viaje hecha de cuero, que había venido conmigo todo el camino desde Pittsburgh.

—Lo necesitarás —dijo el viejo—. Mañana tenemos trabajo. Tú, Lee y yo. Vamos a subir a la montaña a buscar un caballo y un puma. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo, abuelo. ¿De verdad viene Lee?

—Eso dijo.

Una ola de emoción me recorrió de arriba abajo. No había visto a Lee Mackie desde hacía nueve meses —los nueve meses que me había pasado encarcelado en el colegio, en el este— y le echaba de menos. No podría haber imaginado a un hombre mejor que Lee; cuando pensaba en él sabía lo que quería ser de mayor. Quería ser Lee Mackie II.

—¿Vamos a verle hoy? ¿Está en el rancho?

Mientras miraba al abuelo esperando su respuesta, rodeé con el brazo la garrafa de cuatro litros de ron que tenía a mi lado, nuestro regalo para Lee, que habíamos

elegido aquella mañana en el mercado de Juárez. Junto a ella había otra garrafa, el regalo que el abuelo se hacía a sí mismo. Y yo calzaba un par de flamantes botas nuevas, con buenos tacones y unas punteras tan afiladas que habría podido agujerear una puerta de una patada; las primeras botas de vaquero de verdad que había tenido nunca.

—Dijo que intentaría pasar por el rancho esta noche. Últimamente Lee está muy ocupado, Billy. Se ha buscado mujer, se ha sacado una licencia de agente inmobiliario, ha montado una agencia y se ha comprado un cochazo con cuatro faros delanteros, seis faros traseros y trescientos cincuenta caballos de potencia. Tiene grandes ambiciones. No vas a reconocerle, Billy.

Me quedé callado digiriendo aquella información.

—Me da igual —repliqué—. Lee puede con todo. Además, ya sabía que iba a casarse. Me avisó el año pasado. Lo hablamos y le dije que, por una vez, lo dejaría pasar.

El viejo sonrió.

—Pero que no volviera a ocurrir, ¿no? ¿Es ésa la idea?

—Sí, señor.

—Bueno, este año no le verás tanto. Pero de todas formas me ha prometido que vendrá al rancho siempre que pueda, así que no te desanimes. —El abuelo me apretó el hombro cariñosamente—. El verano va a ser movido. Te voy a necesitar, hijo.

Respiré hondo, henchido de orgullo y resolución.

—Aquí estoy para lo que haga falta, abuelo. Líos o lo que sea. —Abrí la guantera y miré en su interior: medio

escondido entre papeles, cerillas, kits para mordeduras de serpiente y herramientas estaba el viejo revólver en su funda de cuero.

—Pero mantén las manazas lejos de esa pistola. Si alguna vez la necesito, no quiero tener que ir a buscarla debajo de tu almohada. ¿Me has oído, Billy?

—Sí, señor. —Sentí cómo me sonrojaba de repente. El verano pasado había tomado prestada la pistola, sin decírselo al viejo, para llevármela a la cama por las noches.

—No te preocupes —me dijo—. Mañana haremos prácticas de tiro al blanco. Supongo que ya eres suficientemente mayor como para aprender a manejar un arma.

—¡Pues claro, abuelo! —Pensé en aquello mientras miraba al frente, a la carretera interminable. Pasamos por encima de otra liebre muerta—. Abuelo, ¿alguna vez le ha pegado usted un tiro a alguien?

El viejo se lo pensó antes de responder.

—Todavía no —dijo.

—¿Y Lee? ¿Alguna vez le ha pegado un tiro a alguien?

—Bueno... mejor pregúntaselo tú. Lee estuvo en la guerra. Pregúntale un día y te lo contará. Creo que tiene alguna clase de medalla. Tendrás que insistirle un poco, pero no mucho.

—¿Le dieron una medalla por dispararle a gente?

—Bueno, aquello era la guerra. Es legal. Cuéntame qué has hecho este año en el colegio.

—Nada, abuelo. Me he graduado. El año que viene me mandan a un instituto privado a prepararme para la universidad.

—¿Y crees que te va a gustar?

—Papá no para de decirme lo caro que les va a costar, así que supongo que más me vale que me guste. Quiere que sea ingeniero. Mamá prefiere que sea médico.

—¿Y tú qué quieres ser?

—No sé, abuelo. Yo quiero quedarme aquí con usted y con Lee. Creo que me gustaría criar caballos.

—A lo mejor tendrías que haber sido caballo.

—¿Qué?

—Te estaba tomando el pelo, hijo. —Jugueteó con el sombrero de paja nuevo que yo llevaba en la cabeza—. ¿Qué tal te queda el sombrero?

—Bien, aunque es un poco rígido.

—Ya lo ablandaremos. —Calló un momento y luego dijo—: Ten paciencia con tus padres, Billy. Quieren hacer todo lo que puedan por ti.

—Sí, señor.

—A ver, ¿cuántos padres crees que dejarían a un chico de tu edad atravesar solo el país para pasarse el verano con un viejo loco? ¿Alguna vez habías pensado en eso?

—Sí. Ya lo sé. Pero me gustaría... que no se preocupasen tanto... ¡Se preocupan tanto por todo!

—Eso es lo que se llama una deformación profesional. Y no tiene solución. Mira las gallinas y las vacas, también les pasa. Todo es parte de la misma ley infernal.

—¿Parte de qué?

—De la ley natural. ¡Mira ahí!

Un correcaminos emergió de un arbusto y cruzó la autopista frente a nosotros como una centella, con el

pico, el cuello y la cola estirados sobre unas patas invisibles a causa de la velocidad del movimiento. Una vez hubo cruzado la carretera, el pájaro se desvaneció en el paisaje, dejando tras de sí un hilo de polvo.

—Fíjate, ahí tienes un caso interesante —comenzó el abuelo—. El correcaminos, el cuco del desierto. Si de verdad quisiera, podría volar por encima de la carretera. Ir a lo seguro. Pero no. Es demasiado terco. Prefiere jugarse el cuello antes que renunciar a sus derechos. ¿Qué se puede hacer con semejante pájaro?

—A lo mejor las liebres son iguales, abuelo.

—No, las liebres se rigen por un principio diferente: no se la juegan, se suicidan sin más. Te saltan directamente contra los faros delanteros, con los ojos bien abiertos. No tienen orgullo, ni dignidad, ni cerebro. El correcaminos apuesta por diversión, pero sabe bien lo que hace y nunca le atropellan. Es un pájaro solitario, tiene que pensar por sí mismo. La liebre no tiene ese problema.

El paisaje cambió de apariencia hacia el norte. Donde la autopista solía perderse en el horizonte, ahora se alzaron, de repente, un depósito de agua marcado con la letra B y una columna de humo azul, un grupo de álamos de color verde brillante y las formas rectangulares de varias casas y tiendas. Dejamos atrás un cementerio de automóviles y una gasolinera abandonada («Ahorre dos centavos»), un puñado de chabolas de cartón alquitranado, un motel sobrio y nuevo, con supermercado y cafetería, y entramos, reduciendo la velocidad rápidamente, en el pueblo de Baker. El rancho del abuelo quedaba a unos

treinta kilómetros hacia el oeste, junto a la falda de las montañas; ya casi estábamos en casa.

El viejo aparcó la camioneta frente al garito de Hayduke, una combinación de tienda de ultramarinos, oficina de correos y parada de autobús. Cuando apagó el motor, el silencio me resultó sorprendente; el único sonido que pude oír en un principio fueron los repiqueteos y gemidos de la gramola del bar de al lado. Algo cansados, nos bajamos de la camioneta y nos detuvimos bajo el feroz resplandor del sol. Agarré la cantimplora de agua que colgaba en la delantera de la camioneta.

—¿Te apetece un refresco? —preguntó el viejo. Asentí—. Vamos a la tienda.

Una vez en la fría penumbra del interior, tuve que detenerme un momento para que mis ojos se acostumbraran a la falta de luz.

—Ponle un refresco al chico. —Oí decir al abuelo.

—¡Ahora mismo, señor Vogelín! —Y la vivaracha figura del tendero tomó forma ante mí en la oscuridad, con un abrebottas en la mano—. Hola, Billy. Me alegra que hayas vuelto. Abre aquella nevera de allí y coge lo que quieras. Invita la casa.

—Gracias —farfullé.

—¿Me ha llegado algo? —preguntó el abuelo.

—Tengo por aquí dos o tres más de esas cartas oficiales para usted —dijo Hayduke, desapareciendo en la diminuta oficina de correos de cuarta categoría que tenía en un cuartucho en un rincón de la tienda—. Sí, sí, señor Vogelín, las he visto esta misma mañana. Por aquí

detrás, en algún sitio... espere un minuto... sí, señor, aquí están. Aquí está la del Cuerpo de Ingenieros y aquí la del Tribunal del Distrito. ¿Cómo van las cosas, señor Vogelín?

Fui hasta la nevera y me abrí una botella de cerveza de raíz, le di un buen trago y busqué los servicios. El camino, desde El Paso hasta Baker, era largo.

—De eso sabes tú tanto como yo —oí decir al abuelo mientras me dirigía a la puerta—. Y aquí tienes diez centavos por el refresco.

—Ahora vale doce, señor Vogelín. A menos que me dejen la botella.

—La botella nos la llevamos, Hayduke.

Cuando salí, el abuelo estaba esperándome fuera. Hacía calor. Las cartas le sobresalían del bolsillo de la camisa, aún cerradas.

—Vamos a entrar aquí a por una cerveza.

Justo cuando echábamos a andar llegó el autobús Greyhound, que venía de El Paso en dirección a Albuquerque, y paró un momento frente a la puerta de la tienda. El conductor tocó el claxon y arrojó un paquete de periódicos sobre el porche de Hayduke. No subieron ni bajaron pasajeros; el motor rugió y el autobús continuó su camino hacia el norte, próxima parada Alamogordo, a cincuenta kilómetros de distancia. Agarré mi botella con fuerza y me ajusté el sombrero en la cabeza mientras entrábamos en el local amplio y sombrío del bar Wagon Wheel. Más de uno había muerto en aquel lugar.

Un vaquero menudo y marchito, encaramado a uno de los taburetes altos del bar, se nos quedó mirando, parpadeando a causa del chorro de aire fresco y luz que dejamos entrar.

—Cierra la puerta, John —le pidió al abuelo—. Vaya con las moscas... ¿Qué tiempo hace ahí afuera? ¿Aún hace calor?

—Sal y compruébalo tú mismo —soltó el abuelo. Y pidió una lata de cerveza al mexicano que estaba detrás de la barra.

—Yo salgo cuando el sol se pone —dijo el vaquero, encogido sobre la banqueta. Como los indios, nunca había aprendido a sentarse bien en las sillas—. Hola, Billy, chico —me saludó—. ¿Qué haces en este rincón del infierno? ¿Por qué no estás en el colegio, como debe ser?

—Estamos en junio —respondió el abuelo—. Tiene vacaciones. Billy ha venido a pasar otro verano con nosotros en el Box V. Si alguna vez salieras a la luz del sol, Bundy, aprenderías a distinguir entre el invierno y el verano.

—Invierno —dijo el hombrecillo, contemplando el techo, pensativo—. Verano. Los recuerdo bien, John. Una vez los vi.

—Pues vuelve a mirar —dijo el abuelo—. Ahí afuera haces falta.

El Wagon Wheel era un buen bar. Siempre me había gustado: amplio, sombrío y tranquilo, perennemente fresco, hasta en los días más calurosos de julio y agosto. Lo que más me gustaba era el gran mural que dominaba la pared oriental, que no tenía ventanas: una enorme pintura primitivista de seis metros de ancho por tres de alto,

donde se veía el Pico Ladrón contra un cielo azul immaculado y tres hirsutos buitres negros volando en círculos por encima de un jinete en el corazón de las Arenas Blancas. El caballo avanzaba penosamente sobre las dunas con la cabeza gacha y los ojos cerrados. El jinete cabalgaba encogido sobre la silla de montar, con una mancha de sangre oscura en la camisa, la vara de una flecha sobresaliéndole por la espalda y un rifle colgando del desfallecido brazo izquierdo. El artista había puesto título a su obra: «La maldición del desierto, o a sesenta y cinco kilómetros de la esperanza».

Yo bebía mi cerveza de raíz y examinaba el cuadro, mientras mi abuelo mantenía una hosca conversación con aquel vaquero menudo.

—He oído que le has declarado la guerra al Gobierno de Estados Unidos, John —dijo el vaquero.

—No, son ellos los que me la han declarado a mí.

—Quizá el Gobierno tenga más necesidad de ayuda que tú. —El hombrecillo calló un momento y luego dijo—: ¿De parte de quién está Lee?

—Espero que de la mía.

—Bueno, pues eso, quizá el Gobierno tenga más necesidad de ayuda que tú. Yo creo que a lo mejor tendría que ofrecerme voluntario, echarles una mano. Cuando el verano se acabe, claro, y ya no haga fuera este calor de mil demonios. ¿Dónde debería alistarme, John? ¿En el Ejército de Tierra, en la Armada, en los Marines o en el Ejército del Aire?

—Bundy, me estás dando dolor de cabeza. —El viejo se acabó la lata de cerveza y se volvió hacia mí—. Vámonos, Billy.

El abuelo y yo salimos al fulgor hiriente de la tarde. El calor nos golpeó como la explosión de un horno, pero el aire seco absorbió de inmediato el sudor de mi cuerpo y me produjo al menos una ilusión de confort. Nos dirigimos a la camioneta, con su letrero BOX V pintado en el panel de la puerta, y subimos. Tras parar en el supermercado nuevo que habían abierto a las afueras del pueblo, donde el abuelo compró harina y frijoles, tomamos dirección sur hacia la salida del pueblo y giramos al oeste, enfilando los treinta y dos kilómetros de camino accidentado que conducían al rancho.

El paisaje que se extendía ante mí era muy parecido al del mural de la pared del bar Wagon Wheel. Hacia el oeste se erguía, con su forma de diente roto, el Pico Ladrón, tres mil metros sobre el nivel del mar coronados por una pluma de nubes. Hacia el norte se encontraba la sierra de San Andrés, con las blancas dunas de yeso que recorrían el pie de sus montañas a lo largo de ochenta kilómetros, y hacia el sur se hallaba la sierra de los Órganos, cuyas estribaciones se perdían en las tierras oscuras y desoladas de la frontera con el Viejo México. No faltaban ni siquiera los buitres: una pareja de ellos se cernía en las alturas azules, meditando en el espacio, pero con ojos salvajes que no perdían detalle de lo que se movía abajo, en el desierto, con el estómago, el pico y las garras tensos por el hambre y el deseo. En mi próxima vida, pensé, si me dan a elegir, quiero ser una malvada ave rapaz de alas largas.

Llegamos junto a la frontera y, poco después, a la entrada del pequeño reino de mi abuelo. Él detuvo

la camioneta, yo me bajé, retiré el pasador del cierre del portón y lo hice girar encima de sus goznes. Sobre mi cabeza, colgado de la barra superior del marco del portón, un cartel desgastado por los elementos con la inscripción BOX V chirrió en sus argollas de hierro. El abuelo cruzó el umbral con la camioneta, yo cerré la verja tras él, deslicé el pasador y volví a mi asiento.

Atravesamos la llanura de sal del antiguo lecho de un lago, desde la que se elevaban temblorosas olas de calor. A través de las capas de luz y calina, contemplé cómo los contornos dislocados de las cadenas montañosas confluían flotando sobre un mar de niebla amarillenta. En aquellas tierras, la fantasía y los espejismos siempre estaban presentes.

Tras dejar atrás el lecho del lago, pasamos junto a unos montículos de arcilla con forma de colmenas gigantes, torretas y camas de roca de arenisca, y un jardín salvaje de yucas con tallos de tres metros de alto. El camino descendía hasta el amplio y seco lecho de un arroyo, la camioneta rodó agitando la arena suave y cálida y ascendió hasta el otro lado del lecho entre matorrales de adelfilla y tamarisco, donde un grupo de las vacas hereford mochas propiedad del abuelo descansaban recostadas a la sombra, esperando a que el sol bajara antes de volver a levantarse para buscar algo de comer. La cabina del conductor se llenó de polvo fino y una capa cubrió de inmediato el salpicadero, donde escribí mi nombre con el dedo: BILLY VOGELIN STARR.

Procuramos no hablar mucho durante el camino: la camioneta saltaba como un caballo bronco, el motor

rugía, el álcali amargo se nos metía en los ojos y entre los dientes. El abuelo miraba al frente por debajo del ala de su sombrero mugriento y agarraba con fuerza el volante, que vibraba entre sus dedos; yo lo observaba todo a mi alrededor, llenándome los ojos, la mente y el corazón de la belleza de aquel paisaje desolado. Es una tierra dura, dice la gente. Una vaca podría caminar un kilómetro por un bocado de hierba y ocho por un trago de agua. Si el rancho hubiera sido mío, habría vendido el ganado, lo habría llenado todo de caballos salvajes, búfalos, coyotes y lobos, y habría mandado a la ruina el negocio de la carne de vacuno.

Llegamos a la cima de la última colina y alcanzamos a ver por primera vez el cuartel general del rancho, a un kilómetro y medio de distancia y trescientos metros más abajo. Allí estaban el bosquecillo de álamos de Virginia que rodeaba la casa del abuelo, el molino de viento y el depósito de agua y, muy cerca de él, el grupo de construcciones que componían los establos, el corral, el granero, el barracón y otros edificios anexos, desperdigados por una franja de terreno por encima del árido lecho del que solían llamar Río Salado, un reguero de agua dura que serpenteaba entre una y otra ribera.

El abuelo detuvo la camioneta, apagó el motor y se quedó sentado un momento contemplando su hogar, con una expresión triste y perpleja en el rostro quemado y curtido por el viento.

—Todo tiene el aspecto de siempre, abuelo —dije—. Como el año pasado y el anterior. Como tiene que ser.